El reino de las mujeres

Antón Chéjov



ANTÓN CHÉJOV
EL REINO DE LAS MUJERES

Antón chéjov

El reino de las mujeres



Antón Chéjov

Nació en Tangarog, Rusia, el 29 de enero de 1860. Es uno de los grandes clásicos de la literatura universal, el cual perteneció a la corriente más psicológica del realismo: el naturalismo.

En 1884, trabajó como ayudante en un hospital. De esa época datan sus primeros dramas como *Ivánov*. En 1887, ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*; asimismo, su nueva colección, *La estepa* (1888), fue igualmente bien acogida. Algunas de sus obras más conocidas son *La dama del perrito* (1899), *El pabellón número 6* (1892) y *La cigarra* (1892). En los últimos años de vida escribió sus obras de teatro más reconocidas: *Tío Vania* (1899-1900), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904).

Fallece en Alemania, el 15 de julio de 1904.

El reino de las mujeres
Antón Chéjov

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL REINO DE LAS MUJERES

1

LA VÍSPERA

Ahí estaba el fajo de billetes. Provenía de la dacha del bosque, del almacenista. Este especificaba que enviaba mil quinientos rublos arrebatados a alguien por la vía judicial en un pleito ganado en segunda instancia. A Anna Akimovna no le agradaban estas cosas, y palabras como ganar un pleito y por la vía judicial le asustaban. Sabía que no había que cometer injusticias y, por alguna razón, cuando el director de la fábrica, Nazarich, o el almacenista de la dacha quitaban algo por la vía judicial, saliendo victoriosos en este tipo de asuntos, sentía temor y vergüenza y, por ello, ahora también experimentó esas mismas sensaciones y deseó esconder el fajo de billetes en cualquier sitio para no verlo.

Pensaba enfadada en que las mujeres de su generación —ella ya tenía veinticinco años— serían ahora amas de casa, se habrían casado y dormirían profundamente

para despertarse por la mañana de estupendo humor. Muchas de las casadas ya tendrían niños. Solo ella, como una vieja, se veía obligada a permanecer sentada delante de estas cartas, haciendo anotaciones sobre ellas, respondiendo la correspondencia para pasarse después toda la tarde, hasta medianoche, sin nada que hacer, a la espera de conciliar el sueño. Durante todo el día siguiente la felicitarían y atendería peticiones y al otro seguramente habría un escándalo en la fábrica, pegarían a alguien o alguien moriría por causa del vodka y a ella le remordería la conciencia. Finalizadas las fiestas, Nazarich despediría a unos veinte hombres y esos veinte hombres se apelotonarían con las cabezas descubiertas junto a su puerta y sentiría remordimientos al dirigirse hacia ellos para echarlos como perros. Y todos sus conocidos la criticarían a sus espaldas y le enviarían anónimos tachándola de explotadora acaudalada, que se come la vida de los demás y chupa la sangre a sus trabajadores.

Tenía a un lado una carpeta donde guardaba la correspondencia leída. La remitían demandantes hambrientos, borrachos cargados de hijos, enfermos, humillados, incomprendidos… Anna Akimovna ya había apuntado en cada carta a quién le daría tres rublos,

a quién cinco. Hoy las haría llegar al contable y mañana se entregarían allí los subsidios o, como dicen los obreros, «la comida de las fieras».

Se repartirán cuatrocientos setenta rublos, un tanto por ciento del capital testamentado por el difunto Akim Ivánich para los pobres y los indigentes. Se agolpará una muchedumbre informe. Desde el portal hasta las puertas del contable se formará una larga cola de gente extraña con cara de fiera, harapienta, aterida de frío, hambrienta y borracha, vitoreando con sus voces roncas a la madre redentora Anna Akimovna y a sus padres; los de atrás empujarán a los de delante y los de delante proferirán insultos. El contable, molesto por el ruido, las blasfemias y los lamentos, se levantará y abofeteará a alguien para placer de los demás. Y su gente, los trabajadores, que no han recibido por las fiestas nada salvo su salario, y ya se lo han gastado todo, celebrarán el espectáculo en medio del patio, unos y otros riendo y mirando con envidia de una manera irónica.

«Los comerciantes, y particularmente sus mujeres, aman más a los pobres que a sus propios obreros —pensó Anna Akimovna—. Siempre ha sido así».

Su mirada se detuvo en el fajo de billetes. «Sería bueno repartir mañana este dinero innecesario y repugnante entre los trabajadores, pero no conviene darles nada de forma gratuita, porque volverían a pedir. ¿Y qué suponen estos mil quinientos rublos si en la fábrica hay algo más de mil ochocientos trabajadores, sin contar a sus mujeres e hijos? Quizá fuera mejor elegir entre cualquiera de los demandantes que han escrito estas cartas y que hace tiempo perdieron la esperanza de una vida mejor, y darle a él los mil quinientos rublos. Este dinero le aturdirá como una tormenta y es posible que por primera vez en la vida se sienta feliz». La idea le entretenía porque le parecía original y divertida. Extrajo al azar una carta de la carpeta y la leyó. Era de un secretario de alguna provincia, llamado Chálikov, desempleado desde hacía tiempo, enfermo, que vivía en la casa de Guschin. Su mujer padece tisis y tiene cinco hijas pequeñas. Anna Akinovna conocía muy bien la casa de cuatro plantas de Guschin donde vivía Chálikov. ¡Era indecente, insalubre y putrefacta!

«Pues se lo daremos a este Chálikov —decidió—. No se lo enviaré, será mejor que se lo lleve personalmente para evitar murmuraciones innecesarias. Sí —pensaba al

meterse en el bolsillo los mil quinientos rublos—. Los visitaré y quizás encuentre algún sitio donde recoger a las hijas».

Cuando llamó para ordenar que le prepararan los caballos se sentía feliz.

Al sentarse en el trineo eran más de las seis de la tarde. Las ventanas de todos los pabellones estaban muy iluminadas y, por eso, se hacía más evidente la oscuridad que reinaba en el enorme patio. Junto a las puertas, al fondo del patio, cerca de los almacenes y de los barracones de los obreros, brillaban encendidas las farolas eléctricas.

Aquellos pabellones, almacenes y barracones, oscuros y lúgubres, donde vivían los trabajadores no eran del agrado de Anna Akimovna y le producían aprensión. Después de la muerte de su padre solo había estado en una ocasión en el pabellón principal. Los altos techos con vigas de hierro, la gran cantidad de enormes ruedas que se movían con rapidez, de correas de transmisión y palancas, el silbido estridente, el chillido del acero, el tintineo de las vagonetas, la respiración dura del vapor, las caras pálidas, amoratadas o negras por el polvo del carbón, las camisas mojadas por el sudor, el reflejo del

acero, el cobre o el carbón, y el viento, algunas veces muy caliente, otras frío, daban la impresión de estar en el infierno. Le parecía que las ruedas, las palancas y los cilindros calientes y estridentes intentaban desprenderse unos de otros para destruir a las personas, y las personas, con cara de preocupación, sin oírse unos a otros, corrían y se movían cerca de las máquinas, intentando detener su temible movimiento.

Una vez le habían mostrado algo a Anna Akimovna y se lo habían explicado respetuosamente. Recordaba cómo sacaron del horno un trozo de hierro candente en el Departamento de Herrería y cómo un viejo con una correa en la cabeza y otro joven de blusa azul, una cadena en el pecho y cara de enfado —los dos debían ser capataces subalternos— golpeaban el bloque de hierro con martillos y cómo destellaban por todas partes chispas doradas y cómo, pasado algún tiempo, retumbaba ante ella una enorme lámina de hierro; el trabajador de más edad permanecía de pie en posición firme y sonreía, y el joven se secaba la cara sudorosa con la manga y le daba explicaciones a ella. Y también recordaba a un viejo tuerto que en otro departamento serraba un trozo de hierro del que caía un polvillo fino, y cómo un pelirrojo

con gafas oscuras y camisa agujereada trabajaba en un torno dando forma a un trozo de acero; la máquina rugía, chillaba y silbaba y a Anna Akimovna ese ruido le provocaba náuseas y sentía como si le taladrasen los oídos. Miraba, escuchaba, no comprendía, sonreía con benevolencia y se avergonzaba. ¡Qué extraño le parecía alimentarse y recibir cientos de miles de rublos gracias a algo que no entendía y era incapaz de amar!

A los pabellones de los obreros no había entrado ni una sola vez. Dicen que allí hay humedad, pulgas, corrupción, caos. Lo admirable es que todos los años se destinan mil rublos para el mantenimiento de los pabellones, pero, si creemos lo que dicen las cartas anónimas, la situación de los trabajadores cada año es peor…

«Cuando vivía mi padre había más orden —pensó Anna Akimovna saliendo del patio—, porque él mismo había sido obrero y sabía qué hacía falta. Yo no sé nada y solo hago tonterías».

De nuevo le asaltó el aburrimiento, ya no estaba tan contenta y pensar en aquel hombre dichoso al que le iban a caer del cielo mil quinientos rublos ya no le parecía tan original y divertido. La idea de ir a favorecer a un

tal Chálikov, mientras en su casa se hundía poco a poco un negocio millonario y los trabajadores vivían en los pabellones peor que si fueran presos, significaba para ella hacer tonterías y engañar a su propia conciencia. Por la carretera y el campo próximo a la misma, en dirección hacia las luces de la ciudad, marchaba una muchedumbre de trabajadores de fábricas vecinas, la de papel y la de tela. En el aire frío se escuchaban risas y animadas conversaciones. Anna Akimovna observó a las mujeres y a los niños y, de repente, ella también quiso ser sencilla, grosera y humilde. Recordaba claramente aquel tiempo lejano en que la llamaban Aniutka y se arropaba junto a su madre bajo una misma manta, mientras en la otra habitación la lavandera lavaba la ropa y de las contiguas surgían risas, insultos, llanto de niños, una armónica, el murmullo de las máquinas de tornear y de coser. Recordaba cómo su padre, Akim Ivánich, que conocía casi todos los oficios, ajeno a la estrechez y el ruido, soldaba algo cerca de la chimenea, dibujaba o cepillaba. Sintió ganas de lavar, planchar, correr por el despacho y la taberna, como hacía cada día cuando vivía con su madre. ¡Cómo le gustaría ser una trabajadora y no la dueña! ¡Qué extraña le parecía su gran casa con lámparas y cuadros, el lacayo Mishenka con el frac y

los bigotes aterciopelados, la hermosa Barbarushka, la lisonjera Agafiushka y todos esos jóvenes de ambos sexos que venían cada día a pedirle dinero y ante los cuales, sin saber por qué, se sentía culpable; y esos funcionarios, doctores y damas que la adulaban y se beneficiaban a su costa, despreciándola secretamente por su procedencia humilde!

Al llegar a la caseta del paso a nivel, aparecieron esparcidas casas con huertos y, por fin, la ancha calle donde se alzaba la popular casa de Guschin. En la calle, ahora silenciosa en vísperas de fiesta, por lo general había un gran movimiento. Se sentía el ruido de los restaurantes y cervecerías. Si en ese momento pasara alguien que no fuera de aquí, que viviera en el centro de la ciudad, solo repararía en los borrachos sucios e injuriosos, pero Anna Akimovna, que desde la infancia había vivido en esta zona, veía en la muchedumbre a su difunto padre, a su madre, a su tío. Su padre era un alma débil y vaga, un poco fantasioso, despreocupado y frívolo. Carecía de pasión por el dinero, el prestigio social, el poder; decía que el obrero no tenía tiempo para dedicarse a fiestas e ir a la iglesia; y si no hubiese sido por su mujer quizá nunca

hubiera ayunado y hasta habría comido carne en días de vigilia. En contraposición, en lo tocante a la religión su tío Iván Ivánich se mostraba duro como un roble; en la política y en la moral era severo e inexorable y cuidaba no solo de sí mismo, sino también de sus sirvientes y conocidos. ¡No quisiera Dios que fueras a su habitación y no te santiguases! Las suntuosas dependencias donde actualmente vivía Anna Akimovna, las tenía él cerradas y solo las abría en las grandes fiestas para los huéspedes importantes. Él mismo vivía en la oficina, en una pequeño cuarto lleno de iconos. Simpatizaba con el Rito Antiguo[1] y continuamente acogía a obispos y sacerdotes de esa orientación, aunque estaba bautizado, casado y enterró a su mujer con la liturgia de la Iglesia ortodoxa. A su hermano Akim, su único heredero, no le quería por su frivolidad —que él llamaba simpleza y estupidez— e indiferencia hacia la fe. Lo mantenía en la fábrica como a un trabajador más y le pagaba dieciséis rublos al mes. Akim lo trataba de usted y en las grandes solemnidades se postraba a sus pies al igual que el resto de su familia. Pero tres años antes de su muerte, Iván Ivánich se acercó a él, le perdonó y ordenó contratar una criada para Aniutka.

1 Starovier. Adepto de una secta religiosa, producto de una escisión en la Iglesia ortodoxa rusa.

El portal de la casa de Guschin era oscuro, recóndito y maloliente. Cerca de las paredes se escuchaban toses de hombres. Dejando el trineo en la calle, Anna Akimovna entró en el patio y allí preguntó por el número cuarenta y seis, que era donde vivía el funcionario Chálikov. Le mandaron a la última puerta a la derecha, en la tercera planta. Incluso en la escalera se notaba ese mismo olor asqueroso percibido en el portal. Durante su infancia, cuando el padre de Anna Akimovna era un obrero sencillo, ella vivía en casas similares. Después, cuando las circunstancias cambiaron, las visitaba a menudo con fines benéficos. Hace tiempo que le era familiar la estrecha escalera de piedra con escalones altos, los descansillos entre los pisos, la lámpara mugrienta en el hueco de la escalera, el hedor, los lebrillos, los cazos, los harapos junto a las puertas en los descansillos. Una estaba abierta y, a través de ella, se veían sastres judíos sentados a las mesas mientras cosían cubiertos con sombreros. La gente le salía al encuentro en la escalera, pero no tenía miedo a que la ofendieran. Temía tan poco a estos trabajadores como a sus educados conocidos.

El apartamento número cuarenta y seis comenzaba por la cocina. Generalmente en las casas de los obreros de las

fábricas y de los profesionales huele a barniz, alquitrán, cuero, humo, dependiendo de aquello a lo que se dedique el amo; los apartamentos de los nobles arruinados y de los funcionarios eran conocidos por su olor apestoso y amargo. Ese mismo olor asqueroso le vino ahora a Anna Akimovna apenas hubo atravesado el umbral. En una esquina, detrás de una mesa, se sentaba un hombre con levita y la espalda apoyada en la pared, que pudiera ser el mismo Chálikov; y con él había cinco chicas. La mayor, de cara redonda y delgada, con una peineta en la cabeza, aparentaba tener unos quince años y la más joven, gordita, con el cabello de punta como un erizo, no tendría más de tres. Los seis estaban comiendo. Cerca de la chimenea, con un hurgón en la mano, había una mujer pequeña, muy delgada y con la cara amarillenta, vestida con falda y camisa blanca; la mujer estaba embarazada.

—No esperaba de ti, Lizochka, que fueras tan desobediente —reprochaba el hombre—. ¡Ay, ay, qué vergüenza! ¿Significa que quieres que tu papaíto te pegue? ¿Verdad?

Al ver en el umbral a una dama desconocida, la delgada mujer soltó el hurgón temblando.

—¡Vasilii Nikitich! —exclamó lentamente con voz sorda, como si no creyera lo que veían sus ojos.

El hombre miró y se sobresaltó. Se trataba de una persona huesuda, de hombros estrechos, con las sienes hundidas y el pecho liso. Sus ojos eran pequeños, profundos, con círculos oscuros, su nariz larga como de pájaro y un poco torcida a la derecha, la boca ancha. Su barba se dividía en dos mitades, el bigote lo llevaba afeitado y por eso parecía más un lacayo que un funcionario.

—¿Vive aquí el señor Chálikov? —preguntó Anna Akimovna.

—Así es —contestó Chálikov de forma severa, pero en ese mismo momento reconoció a Anna Akimovna y gritó—: ¡Señora Glagoleva! ¡Anna Akimovna!

Y de repente se quedó sin aliento, suspiró y sacudió las manos, todo ello motivado por la sorpresa.

—¡Bienhechora! —Corrió hacia ella bramando con un gemido y quedó como paralizado. Su barba estaba llena de col y olía a vodka. Inclinó su frente hacia el manguito de ella y se quedó inmóvil.

—¡La mano! ¡Deme esa mano bendita! —dijo él, jadeando—. ¡Esto es un sueño! ¡Un sueño maravilloso! ¡Niños, despiértenme!

Se volvió hacia la mesa y gimió con voz sollozante, agitando los puños:

—¡La Providencia nos ha escuchado! ¡Ha llegado nuestra liberadora, nuestro ángel! ¡Estamos salvados! ¡Niños, de rodillas, de rodillas!

La señora de Chálikov y las chicas, excepto la más joven, comenzaron a levantarse rápidamente de la mesa sin saber qué hacer.

—Ha escrito usted que su mujer estaba enferma —dijo Anna Akimovna y comenzó a sentir vergüenza y lástima.

«No le daré los mil quinientos», pensó.

—Ahí está mi esposa —contestó Chálikov, poniendo una voz fina de mujer, como si le subieran las lágrimas a los ojos—. Ahí está. ¡Tan desgraciada! ¡Con un pie en la tumba! Pero nosotros, señora, no nos quejamos. Es mejor morir que vivir de esta manera. ¡Muere, desgraciada!

«¿A qué viene esta comedia? ¿Para qué se esfuerza? —pensó Anna Akimovna con enfado—. Se nota que está acostumbrado a tratar con comerciantes».

—Hablemos como personas —dijo ella—. No me gustan las comedias.

—Sí, señora, cinco niños huérfanos alrededor de la tumba de su madre flanqueada por cirios. Eso sí es una comedia. ¡Ahí! —exclamó Chálikov con amargura y se giró.

—¡Calla! —murmuró la mujer, agarrándole de las mangas—. Está todo muy desordenado —continuó dirigiéndose a Anna Akimovna—, perdónenos… El problema familiar lo conoce usted. Vivimos con estrechez, pero no nos avergonzamos.

«No le daré los mil quinientos», se dijo de nuevo Anna Akimovna.

Y para deshacerse de estas personas y del olor agrio, ya había sacado el monedero y decidió dejarles veinticinco rublos, no más. Pero, de pronto, le remordió la conciencia por haber ido tan lejos y haberles molestado con tonterías.

—Si me das papel y tinta le escribiré ahora mismo al doctor, un buen amigo mío, para que venga a visitarte —añadió sonrojándose—. Es un doctor muy bueno y te daré para comprar los medicamentos.

La señora de Chálikov se fue a limpiar la mesa.

—¡Esto está sucio! ¡A dónde vas! —murmuró Chálikov, mirándola con enfado—. ¡Acompáñala a la habitación del huésped! Por favor, señora, me atrevo a pedirle que vayamos a la habitación del huésped —Se dirigió a Anna Akimovna—. Allí está todo más limpio.

—¡Osip Ilich no permite entrar en su habitación! —protestó severamente una de las niñas.

Pero a Anna Akimovna ya la habían sacado de la cocina a través de una habitación de paso estrecha, entre dos camas. Por la disposición de las camas se veía que en una dormían dos niñas a lo largo y, en otra, tres a lo ancho. El siguiente cuarto era el del huésped y ese sí que estaba ordenado: una cama aseada con un edredón de lana roja, una almohada con funda blanca, una mesa cubierta por un mantel de cáñamo y sobre él un tintero de porcelana, plumas, papel, fotografías con marcos,

todo en su sitio, y en otra mesa relojes desmontados. De las paredes colgaban martillos, tenazas, taladros, escoplos, brocas, etcétera. Había tres relojes de pared que tintineaban. Todos los relojes eran grandes, con grandes pesas, como los de las tabernas.

Preparándose para escribir la carta, Anna Akimovna descubrió ante ella, en la mesa, un retrato de su padre y otro de ella. Eso la dejó admirada.

—¿Quién vive aquí? —preguntó.

—El señor Pimenov, señora. Trabaja en la fábrica.

—¿Sí? ¡Yo pensaba que era un relojero!

—Se dedica a los relojes en sus ratos libres, es un aficionado…

Tras una pausa, cuando solo se oía el tictac de los relojes y la pluma escribiendo sobre el papel, Chálikov suspiró y dijo con burla e indignación:

—Se dice ciertamente: «con generosidad y con linaje no haces un abrigo». En la frente una medalla, un título

nobiliario y nada que comer. En mi opinión, si un hombre sin títulos ayuda a los pobres, este es más generoso que cualquier Chálikov hundido en la pobreza y en el vicio.

Para halagar a Anna Akimovna, todavía dijo algunas otras frases ofensivas contra sí mismo; estaba claro que se humillaba por considerarse mejor que ella. Entre tanto, ella terminó la misiva y la selló. La carta sería tirada y el dinero no serviría para cura alguna —ella lo sabía—, pero de todas formas puso en la mesa veinticinco rublos y, pensándoselo mejor, añadió dos billetes rojos más. La mano delgada y amarillenta de la señora Chálikov, parecida a la pata de una gallina brillando ante sus ojos, apretó el dinero con su puño.

—Ha tenido usted la bondad de darnos para medicamentos —dijo Chálikov con una voz temblorosa—. Pero tienda la mano para ayudarme a mí y a mis hijos —añadió y se encendió—, a estos niños desgraciados. No temo por mí, sino por mis hijas. Temo el peso de la corrupción.

Al intentar abrir el monedero, el cierre se estropeó. Anna Akimovna, confundida, se puso colorada. Sentía vergüenza por el hecho de que ante ella la gente miraba

sus manos y esperaba caridad, mientras en lo profundo de sus corazones realmente se reían de ella. En ese momento alguien entró en la cocina y golpeó el suelo con las piernas para sacudirse la nieve.

—Ha llegado el señor —dijo la mujer de Chálikov.

Anna Akimovna se sintió aún más confusa. No quería ser sorprendida por alguien de la fábrica en situación tan absurda. Como si hubiera sido de manera intencionada, el huésped entró en su habitación en el mismo momento en el que ella, rompiendo por fin el cierre del monedero, le daba a Chálikov algunos billetes y este, mugiendo como un buey, buscaba con sus labios dónde besarla. En la habitación reconoció al trabajador que una vez hizo resonar delante de ella una lámina de hierro y le dio explicaciones en el Departamento de Herrería. Estaba claro que acababa de llegar de la fábrica. Su cara estaba oscura por el hollín y en una mejilla tenía manchas de alquitrán. La blusa sin cinturón brillaba por la grasa del aceite. Era un hombre de unos treinta años, de estatura mediana, pelo negro, ancho de hombros y, al parecer, bastante fuerte. Anna Akimovna vio en él desde el primer momento a un capataz que cobraría no menos de treinta

y cinco rublos al mes, severo, gritón, que vociferaba a sus trabajadores; esto se percibía por su modo de permanecer de pie, por la pose que adoptó al ver en su habitación a una dama y, lo más importante, porque llevaba los pantalones por fuera, bolsillos en el pecho y una barba fina, afeitada de una forma muy bonita. Su difunto padre, Akim Ivánich, aunque era hermano del amo, temía a los capataces del tipo de este huésped y los halagaba.

—Perdone, en su ausencia nos hemos acomodado aquí —dijo Anna Akimovna.

El trabajador la contempló con admiración, sonrió confusamente y calló.

—Hable más fuerte señora —dijo por lo bajo Chálikov—. El señor Pimenov está un poco sordo cuando viene de la fábrica por las tardes.

Pero Anna Akimovna, contenta de no tener nada más que hacer allí, inclinó la cabeza y salió rápidamente. Pimenov la siguió para acompañarla.

—¿Hace tiempo que trabaja usted aquí? —preguntó en voz alta sin volverse hacia él.

—Desde hace unos nueve años. Yo ya trabajaba aquí con su tío.

—¡De eso hace mucho tiempo! Mi tío y mi padre conocían a todos sus trabajadores y yo no conozco a casi nadie. A usted le he visto antes, pero no sabía que se apellidaba Pimenov.

Anna Akimovna sintió el deseo de justificarse, dándole a entender que el dinero entregado era más una broma que algo serio.

—¡Oh, es una desgracia! —suspiró ella—. Hacemos actos caritativos durante las fiestas y los días laborables sin conseguir resultados. Me parece que ayudar a los que son como Chálikov es inútil.

—Claro que es inútil —Pimenov estaba de acuerdo—. Todo cuanto se le da se lo bebe. Y ahora marido y mujer estarán toda la noche abrazándose el uno al otro y peleándose —añadió él y se echó a reír.

—Sí, hay que reconocerlo, nuestra filantropía es inútil, aburrida y molesta. Pero también es verdad que no puede quedarse uno de brazos cruzados, hay que intentar algo; por ejemplo, ¿qué hacemos con Chálikov?

Se volvió hacia Pimenov y se quedó parada a la espera de una respuesta. Él también se detuvo, encogiéndose de hombros lentamente y en silencio. Estaba claro que sabía qué hacer con Chálikov, pero era algo tan grosero e inhumano que no se atrevió a confesarlo. La familia de Chálikov era para él tan insignificante y tenía tan poco interés que, después de un instante, ya no se acordaba de ellos; mirando a los ojos de Anna Akimovna le sonrió y su expresión era como si hubiera soñado algo muy bueno.

En ese momento Anna Akimovna, de pie junto a Pimenov, al observar sus ojos se dio cuenta de que estaba cansado y de que tenía ganas de dormir.

«¡A él sí le daría los mil quinientos rublos!», pensó. Pero esta idea le pareció impropia y ofensiva para Pimenov.

—Probablemente le duela a usted todo el cuerpo de tanto trabajar y, sin embargo, ha salido a acompañarme —dijo mientras bajaba la escalera—. Váyase a casa.

Pero él no le prestó atención. Cuando llegaron a la calle, se adelantó, quitó el cinturón al trineo y, acomodando a Anna Akimovna, exclamó:

—¡Que pase unas buenas fiestas!

2

LA MAÑANA

—¡Hace tiempo que han llamado! ¡Castigo del Señor! ¡Ya no le da tiempo a llegar! ¡Levántese!

—Ahí van dos caballos —exclamó Anna Akimovna al despertarse. Su doncella, la pelirroja Masha, estaba de pie ante ella con una vela en las manos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—¡La misa ya ha terminado! —dijo Masha desesperada—. Es la tercera vez que la despierto. No tengo ningún inconveniente en que duerma hasta la tarde, pero usted misma me dio la orden de despertarla.

Anna Akimovna se incorporó apoyada en un codo y echó un vistazo por la ventana. En el patio reinaba todavía la oscuridad y solo se podía ver el reflejo de la nieve en el alféizar de la ventana. Pudo sentir el tañido

denso y bajo de campanas, pero este no provenía de la parroquia, sino de alguna iglesia más apartada. El reloj de la mesa marcaba las seis y tres minutos.

—Está bien, Masha, está bien, dame tres minutos —le suplicó Anna Akimovna y se cubrió la cabeza.

Le venía a la imaginación la nieve de los tejados, el trineo, el cielo oscuro, la muchedumbre en la iglesia, el olor a enebro y se sintió sobrecogida; no obstante, decidió que en ese momento se levantaría e iría a la misa matutina a pesar de la lucha que estaba librando contra el sueño —que se vuelve admirablemente dulce cuando a uno no se le permite dormir— y lo a gusto que se encontraba en la cama. También le vino a la imaginación el jardín enorme de la montaña y la casa de Guschin, sin olvidar la misma idea incesante de que tenía la necesidad de levantarse en ese mismo instante e ir a la iglesia.

Pero cuando se levantó, ya había amanecido del todo y el reloj marcaba las nueve y media. El pueblo estaba cubierto de blanco y el aire era extraordinariamente claro, transparente y suave. Anna Akimovna, al mirar por la ventana, quiso suspirar profundamente en primer lugar y, cuando se aseaba, se removió en su pecho una

imagen de su infancia, la alegría de que hoy era Navidad y su alma se sintió libre, limpia y ligera, como si también se hubiera lavado o sumergido en la blanca nieve.

Masha, vestida y ajustada con un corsé, entró en la habitación y le felicitó las fiestas. Después la peinó durante largo tiempo y le ayudó a ponerse el vestido. El olor a perfumes frescos de un traje nuevo, pomposo y excelente, y su suave sonido excitaron a Anna Akimovna.

—Ha llegado la Navidad —exclamó con alegría hacia Anna—. ¿Por qué no adivinamos el futuro?

—El verano pasado me salió estar con un viejo. Me salió lo mismo en tres ocasiones.

—Pero Dios es misericordioso.

—¿Qué le vamos a hacer, Anna Akimovna? Mejor es estar con un viejo que con nadie —afirmó Masha con tristeza y suspiró—. Tengo ya veintiún años y eso ya no es una broma.

Todos en la casa estaban al corriente de que la pelirroja Masha estaba enamorada del lacayo Mishenka

y este profundo, pasional y desesperanzado amor ya se prolongaba tres años.

—¡No digas más tonterías! —Le consoló Anna Akimovna—. Yo misma cumpliré pronto los treinta y, no obstante, tengo la intención de casarme con una persona joven.

Mientras el ama se vestía, Mishenka, vestido con un nuevo frac y botas lacadas, caminaba por la sala y el salón a la espera de poder felicitarle las fiestas. Andaba siempre de una forma particular: su paso era delicado y suave y, al caminar, observaba siempre sus propias piernas, sus manos y el movimiento de su cabeza. Podría pensarse que no solo caminaba, sino que estaba aprendiendo a bailar la primera figura del cotillón. Era persona comedida, juiciosa y piadosa como un viejo, a pesar de sus delgados bigotes aterciopelados y su agradable aspecto de tahúr. Rezaba a Dios inclinándose hacia el suelo y le gustaba incensar su habitación con ládano. Respetaba a los ricos e inteligentes y se hacía el piadoso ante ellos. Despreciaba a los pobres y pedigüeños con todas las fuerzas de su espíritu lacayo. Bajo su camisa almidonada vestía siempre otra de franela, que no se quitaba en invierno ni

en verano para velar por su salud. Los oídos los llevaba tapados con algodón.

Cuando Anna Akimovna y Masha atravesaron la sala, él inclinó la cabeza a un lado y exclamó con voz agradable y melosa:

—¡Anna Akimovna, tengo el honor de felicitarle por la gran fiesta del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo!

Anna Akimovna le entregó cinco rublos y la pobre Masha se sintió aturdida. La belleza y la delicadeza de su aspecto, su pose, su voz y todo lo que expresaba le impactó; siguió los pasos de su señora, pero ya no reparaba en nada, no veía nada y solo sonreía, unas veces de felicidad y otras de aflicción.

La planta superior de la casa era la denominada «limpia» o «parte noble». La inferior, que era donde trabajaba la tía Tatiana Ivánovna, había sido bautizada con el nombre de «comercial» o «de las viejas» o, sencillamente, «la parte de las mujeres». En la primera recibían a las personas educadas y aristocráticas y, en la segunda, a todo aquel de procedencia más humilde y a los conocidos de la tía. Anna Akimovna, bella, saludable,

todavía joven y fresca, sintiendo el suntuoso vestido que, le parecía a ella, desprendía brillo por todas partes, bajó a la planta de abajo. Allí la recibieron con reproches: que parecía mentira que ella, una persona educada, hubiera olvidado a Dios, que se había perdido la misa y no había bajado a celebrar la Navidad. No obstante, todos movían los brazos y reconocían que estaba muy guapa, extraordinaria. Anna Akimovna se creía lo que le decían, se reía, besaba y le daba a uno un rublo, a otro tres o cinco, dependiendo de la persona. Le encantó la parte de abajo. Allí donde miraras se veían urnas para iconos, imágenes, lámparas, retratos de personas de gran espiritualidad y olía a convento. En la cocina se oía el golpeteo de los cuchillos y en todas las habitaciones se percibía un olor como a carne y a leche… a algo delicioso.

Los suelos, ribeteados de amarillo, estaban brillantes y había unas alfombras estrechas de rayas azules claras que cubrían todas las esquinas desde la puerta. El sol penetraba por las ventanas.

En el comedor se sentaban viejas desconocidas. En la habitación de Barbarushka también había viejas y, junto a ellas, una chica sordomuda abochornada que

decía «bla, bla». Se acercaron a besar la mano de Anna Akimovna dos chicas delgadas, traídas a pasar las fiestas desde el orfanato, y se pararon ante ella extasiadas por la suntuosidad de su vestido. Ella cayó en la cuenta de que una estaba un poco encorvada y, a pesar de la alegría que sentía, el corazón se le encogió al pensar que la despreciarían todos los chicos y nunca se casaría. En las dependencias de la cocinera Agafiushka, delante del samovar, permanecían sentados cinco hombres enormes con camisas nuevas, pero no eran trabajadores de la fábrica, sino parientes de esta. Al reparar en Anna Akimovna, se incorporaron y, por educación, dejaron de masticar, aunque todos tenían las bocas llenas. Desde la cocina entró a felicitarle Stepan, el cocinero, con un gorro blanco y un cuchillo en la mano. Llegaron los conserjes con las *válenki2* y también la felicitaron. El aguador, con carámbanos en la barba, miró pero no se atrevió a acercarse.

Anna Akimovna caminaba por las habitaciones y todos la seguían: la tía, Barbarushka, Nikadrovna, la costurera Marfa Petrovna y Masha la de abajo. Barbarushka era delgada, alta, la más grande de toda

2 Botas de fieltro altas especiales para la nieve.

la casa. Siempre vestía de negro y olía a ciprés y a café. En todas las habitaciones se santiguaba delante de cada icono y hacía una reverencia arqueando todo el cuerpo; por alguna razón, al mirarla te venía a la mente que ya había preparado la mortaja para cuando llegara la hora de su muerte y, en ese mismo baúl donde estaba la mortaja, también escondía sus objetos más valiosos.

—Aniutinka, ten misericordia en estas fiestas —dijo ella abriendo la puerta de la cocina—. Perdónalo y que se vaya al diablo.

El cochero Panteléi, que había sido expulsado en noviembre por sus continuas borracheras, estaba de rodillas en medio de la cocina. Era buena persona, pero cuando se emborrachaba se volvía violento: no podía dormir de ninguna de las formas y se paseaba por los edificios gritando amenazador: «¡Lo sé todo!». Ahora, a juzgar por su cara hinchada y sus ojos inyectados en sangre, era posible observar que desde noviembre hasta estas fiestas no había dejado de beber.

—¡Perdóneme, Anna Akimovna! —exclamó con voz ronca a la vez que golpeaba su frente contra el suelo y enseñaba su nuca parecida a la de un toro.

—Te ha echado la tía, ¡pídeselo a ella!

—¿Qué pasa con la tía? —dijo esta entrando en la cocina y respirando con dificultad. Era una persona muy gorda y de pecho tan grande que perfectamente podría llevar en él un samovar y las tazas con bandeja incluida.

—¿Qué pasa con la tía? Tú eres el ama, tú has de decidir y estos inútiles no tendrían ni que existir. ¡Levanta berraco! —le gritó impaciente a Panteléi—. ¡Vete de aquí! Que sea la última vez que te perdono y, si vuelves a caer en ese mismo pecado, ni se te ocurra pedir de nuevo clemencia.

Después se dirigieron al comedor para tomar café. Se acababan de sentar a la mesa cuando entró sonriendo a toda prisa Masha, la de abajo, y dijo horrorizada: «¡Los cantantes!». Después salió corriendo.

Podía percibirse el sonido de gente sonándose las narices, una tos baja y un ruido de pasos como si hubieran traído caballos herrados hasta la entrada, cerca de la sala. Pasado medio minuto todo se quedó en silencio. Los cantantes comenzaron a gritar repentina y fuertemente y todos comenzaron a temblar. Mientras cantaban,

llegó el cura del asilo de los inválidos acompañado por el diácono y el sacristán. Colocándose la estola, el cura relató perezosamente que cuando le llamaron por la noche para las laudes estaba nevando y no hacía frío y, por la mañana, el frío comenzó a apretar y ahora estaban a unos veinte grados bajo cero.

—Sin embargo, muchos afirman que para el hombre el invierno es más saludable que el verano —comentó el diácono. Pero al instante adoptó una expresión rígida y entonó siguiendo al sacerdote—: Tu nacimiento, Cristo, Dios Nuestro.

Llegó también el cura del hospital de los obreros no especializados con el sacristán, después las hermanas de la comunidad y los niños del orfanato. El canto se escuchaba casi sin interrupción. Cantaron, comieron algo y se fueron.

Los empleados de la fábrica —unas veinte personas— también entraron a felicitar. Eran personas mayores, todos de aire venerable y camisas negras nuevas: los mecánicos y sus ayudantes, los modelistas, el contable, etcétera. Todos parecían maravillosos, como si hubiesen sido seleccionados, y cada uno de ellos se tenía en alta

estima, es decir, que sabían que si perdían hoy el puesto de trabajo, mañana los contratarían para trabajar en otra fábrica. Por lo visto, querían tanto a la tía que delante de ella se sentían libres e, incluso, fumaban, y el contable, cuando todos se acercaron a tomar algo, la cogió por el talle. Se comportaban con soltura, en parte quizá porque Barbarushka, que ejercía un gran poder en los viejos y se preocupaba de la moral de los empleados, ahora carecía en la casa de cualquier responsabilidad y porque es posible que muchos de ellos también se acordaban de los tiempos en que la tía Tatiana Ivánovna, a la que sus hermanos trataban de forma severa, vestía como una mujer sencilla, a la manera de Agafiushka, y de cuando Anna Akimovna corría por el patio cerca de los pabellones y ellos la llamaban Aniutka.

Los empleados comían, hablaban y miraban perplejos a Anna Akimovna: ¡Cuánto había crecido!, ¡cuánto había mejorado!

No obstante, esta chica delicada y educada por gobernantas y profesores les parecía extraña y eran incapaces de comprenderla. Ellos se mantenían involuntariamente cerca de la tía que les tuteaba, les

invitaba sin parar y brindaba con ellos. Se habían tomado ya dos copas de licor de serba. Anna Akimovna siempre había temido que pensaran que ella era orgullosa y advenediza y, ahora, mientras los obreros se agolpaban cerca de los aperitivos, permaneció en el comedor para intentar tomar parte en la conversación. A Pimenov, al que conoció el día anterior, le preguntó:

—¿Por qué tiene usted tantos relojes en la habitación?

—Porque me gusta arreglarlos —contestó él—. Me dedico a esto en mis ratos libres, en las fiestas o cuando no tengo sueño.

—¿Significa eso que si se me estropea el reloj, se lo puedo dar a usted para que me lo repare? —inquirió Anna Akimovna con una sonrisa.

—¡Claro que sí, lo haría con gusto! —exclamó Pimenov. Y se quedó impresionado cuando ella, despreocupadamente, se desató de la cinturilla su maravilloso reloj y se lo entregó. Él lo miró en silencio y se lo devolvió—. ¡Claro que sí, lo haría con gusto! —repitió—. Ya no arreglo relojes de bolsillo; tengo la vista muy cansada y el doctor me ha prohibido hacer trabajos meticulosos. Pero por usted puedo hacer una excepción.

—Los doctores mienten —intervino el contable. Todos se rieron—. Tú no les hagas caso —continuó animado por las risas—. El año pasado, durante la Cuaresma, saltó un diente de un engranaje que fue a parar directamente a la cabeza del viejo Kalmikov, y le abrió tal boquete que podían verse sus sesos. El doctor afirmó que moriría. Sin embargo, hasta ahora el viejo sigue vivo y trabajando. Lo único que le ocurre es que desde entonces tartamudea.

—Mienten, mienten los doctores, pero no tanto —suspiró la tía—. El difunto Piotr Andréich perdió la vista. Todos los días trabajaba en la fábrica cerca de un homo, igual que haces tú, y se quedó ciego. El fuego no es saludable para los ojos.

—Pero ¿para qué discutir más? —se animó Anna Akimovna—. Vamos a beber. ¡Les felicito en estas fiestas, queridos míos! Con nadie bebo, pero con ustedes me vence la tentación… Todo sea por Dios.

Anna Akimovna pensaba que, después de lo ocurrido ayer, Pimenov la despreciaba por su filantropía, pero la admiraba como mujer. Le miró y vio que se comportaba con ternura e iba vestido correctamente. La levita, en realidad, tenía las mangas un poco cortas, el talle

demasiado alto y los pantalones no eran ni modernos ni amplios, pero la corbata estaba anudada con gusto y era menos chillona que la de los otros. Y, por lo visto, se trataba de una persona obediente, ya que se comía todo lo que la tía le iba poniendo en el plato. Recordaba lo sucio y cansado que estaba ayer y estos recuerdos la emocionaron.

Cuando los trabajadores se disponían a salir, Anna Akimovna le tendió la mano a Pimenov para invitarle, de alguna forma, a que viniera a visitarla cuando quisiera, pero no pudo: sentía que la lengua se le trababa. Y para que el resto no pensara que Pimenov le agradaba, también les ofreció la mano a los demás obreros.

Más tarde llegaron los alumnos del colegio del que era benefactora. Todos llevaban el pelo corto y vestían blusas grises. El profesor, alto, imberbe, joven y con manchas rojas en la cara, estaba muy nervioso y colocó a los niños en filas. Los niños comenzaron a cantar al compás, pero sus voces eran estridentes y desagradables. El director de la fábrica, Nazarich, calvo, de mirada penetrante y del Rito Antiguo, nunca había hecho buenas migas con los profesores; pero a este en especial, al que saludaba

con agitación, le odiaba y despreciaba sin saber él mismo por qué. Le trataba con rudeza y sin educación, demoraba el pago de su sueldo y se metía en los asuntos de la enseñanza con el fin de exprimirlo completamente. Cuando faltaban dos semanas para las fiestas, había contratado a un guarda para la escuela, pariente lejano de su mujer y persona bebedora, que no obedecía al profesor y le decía barbaridades delante de los alumnos.

Anna Akimovna conocía todo esto, pero no podía ayudarle porque ella misma temía a Nazarich. Quería, al menos, mostrarse cariñosa con el maestro, decirle que estaba muy contenta con él. No obstante, en algún momento después del canto, él comenzó a sentirse confuso y a excusarse por algo; y cuando la tía, que lo trataba familiarmente y le tuteaba, lo acercó a la mesa, Anna Akimovna se sintió molesta y aburrida. Así que ordenó repartir golosinas a los niños y se retiró a su habitación.

—Realmente en estos días de fiesta hay mucha crueldad —comentó para sí al observar por la ventana cómo los chicos avanzaban desde el portal de la casa a la

salida, encogidos de frío y abrigándose con sus pellizas y abrigos—. Realmente en las fiestas apetece descansar, quedarte en casa con los parientes, y en cambio estos pobres chicos, como su profesor y los obreros, de alguna manera se ven obligados a vagar por el frío, felicitar y mostrar su respeto a todos, en una palabra, a estar confusos.

Mishenka, que permanecía de pie en la sala junto a la puerta, dijo al escuchar esto:

—Nosotros no hemos inventado esta situación ni tampoco seremos los últimos que la vivamos. Ciertamente me considero una ignorante, pero creo que los pobres deben de mostrar su respeto hacia los ricos. Está dicho: «Dios persigue a los miserables». Si se da cuenta, tanto en las cárceles como en los albergues y en las tabernas siempre hay pobres durmiendo, y las personas educadas siempre son ricas. De los ricos se dice «que el dinero llama al dinero».

—Usted, Misha, siempre se expresa de una forma aburrida e incomprensible —añadió Anna Akimovna y se dirigió al otro lado de la sala.

Eran poco más de las once. El silencio de las enormes habitaciones, solo roto a veces por el canto que llegaba de la planta inferior, invitaba al aburrimiento.

Los adornos de bronce, los álbumes y los cuadros de las paredes, que representaban el mar con barquitos, una pradera con vacas y paisajes del Rhin, eran para ella bien conocidos y su mirada siempre pasaba de largo sin detenerse en ellos. El ambiente animado de la fiesta comenzó a palidecer. Aunque Anna Akimovna se consideraba buena persona y se sentía bonita y especial, pensaba que ya no le importaba a nadie. Se preguntaba para quién y para qué se había puesto un vestido tan caro. La soledad y la idea de que su belleza, su salud y su riqueza eran solo un engaño comenzaron a agobiarla, tal y como le ocurría siempre en todas las fiestas. Creía que estaba de más en este mundo porque nadie la necesitaba y nadie la quería. Deambuló por todas las habitaciones canturreando y mirando por las ventanas. Al llegar a la sala no pudo evitar hablar con Mishenka:

—No sé, Misha, qué idea tiene usted de sí mismo —dijo ella con un suspiro—. Créame que Dios le castigará por su manera de proceder.

—¿A qué se refiere?

—Bien sabe usted a qué. Perdone que me meta en sus asuntos personales, pero me parece que está destrozando su vida por culpa de su tozudez. Estará de acuerdo conmigo en que ya tiene usted edad de casarse y ella es una chica digna y encantadora. No encontrará otra igual. Es hermosa, inteligente, humilde, abnegada y ¡qué figura tiene! Si perteneciera a nuestros círculos, quedarían prendados de sus maravillosos cabellos pelirrojos. ¡Mire cómo hacen juego sus cabellos con el tono de su cara! ¡Ay, Dios mío! ¡Usted no comprende nada y no sabe realmente lo que necesita! —exclamó con amargura Anna Akimovna y las lágrimas brotaron en sus ojos—. ¡Pobre chica! ¡Me da tanta pena! Estoy al tanto de que usted quiere encontrar una joven adinerada, pero ya le he comentado que yo me encargo de la dote de Masha.

Mishenka se imaginaba a su futura esposa como una mujer alta, gruesa, seria, piadosa, con andares de pavo real y un largo chal en los hombros y Masha era delgada, fina, apretada por el corsé, su andar era corto y, lo más importante, demasiado atractiva. Debido a esto, Mishenka de vez en cuando se sentía atraído por ella,

pero esa atracción, en su opinión, no era buena para el matrimonio, sino solo para dejarse llevar por la lujuria.

Cuando Anna Akimovna le prometió pagar la dote, a Misha le asaltó la duda. Un estudiante pobre que llevaba puesto un abrigo marrón por encima de la casaca y que venía a traerle a Anna Akimovna una carta, admirado por la belleza de Masha, no pudo contenerse y la abrazó en la planta de abajo cerca del guardarropa. No obstante, este fue rechazado por ella. Mishenka observó el episodio en lo alto de la escalera y desde ese momento comenzó a sentir repugnancia hacia ella. ¡Pobre estudiante! Si la hubiera abrazado un estudiante rico o un oficial quizá las consecuencias hubieran sido totalmente diferentes.

—¿Por qué no la quiere usted? —preguntó Anna Akimovna—. ¿Qué más le hace falta?

Mishenka se mantenía en silencio y solo miraba al sillón y levantaba las cejas.

—¿Ama usted a otra?

Silencio. Entró en la habitación la pelirroja Masha con cartas y tarjetas de visita en una bandeja. Al adivinar

que la conversación le concernía, se puso colorada hasta sentir ganas de llorar.

—Los carteros han llegado —dijo ella—. Y también ha venido un funcionario, un tal Chálikov, que está esperando abajo. Dice que usted le ordenó que acudiera hoy por alguna cuestión.

—¡Qué desfachatez! —Se enfadó Anna Akimovna—. ¡Yo no le he ordenado nada! ¡Dile que se vaya! ¡Que no estoy en casa!

Sonó el timbre. Eran los curas de su parroquia. Siempre se les recibía en la zona noble, es decir, en la parte superior. Poco después de los sacerdotes llegaron el doctor y el director de la fábrica, Nazarich. Más tarde, Mishenka anunció al inspector de enseñanza primaria. Dio comienzo el desfile de visitantes.

Cuando encontró unos minutos libres, se sentó en un profundo sillón del salón y, cerrando los ojos, pensaba que su soledad era natural por el simple hecho de que no se había casado y nunca se casaría. Pero ella no tenía la culpa. De una vida con la clase trabajadora, en la que recordaba sentirse tan cómoda e identificada, fue

arrojada a estas enormes habitaciones donde nunca pudo saber qué hacer con ella misma ni comprender con qué fin desfilaban ante ella tantas personas. Su posición, que en ningún momento le había dado la felicidad, le parecía insignificante e innecesaria.

«Debería de enamorarme y librarme de esta fábrica», pensó, y este único pensamiento le produjo un cálido efluvio en el corazón.

Imaginaba cómo se deshacía en su conciencia de todos esos pesados bloques, barracas, escuela… Después recordó a su padre y pensó que si hubiera vivido más tiempo, seguramente la hubiera dejado casarse con una persona sencilla, por ejemplo, con Pimenov. Incluso hubiera ordenado que se casara con él y habría sido lo mejor: la fábrica estaría ahora en mejores manos.

Recordó la rizada cabellera de Pimenov, su acusado perfil, sus labios finos e irónicos, su enorme fuerza en los hombros, en las manos, en su pecho y la pericia con la que había examinado hoy su reloj.

—Pues la verdad —dijo para sí—, no estaría mal… Me casaría con él.

—¡Anna Akimovna! —Mishenka, que había entrado en la sala sin hacer ruido, la llamó.

—¡Me ha asustado! —exclamó con estremecimiento—. ¿Qué quiere?

—Anna Akimovna —pronunció poniendo su mano en el corazón y levantando las cejas—. Usted es mi señora y bienhechora, solo usted puede aconsejarme respecto al matrimonio, ya que para mí es como una madre. Pero ordene que abajo no se rían y se burlen de mí. ¡No me dejan vivir!

—¡Y de qué forma se burlan de usted!

—Dicen Mishenka el de Mashenka3.

—¡Ay, qué idioteces! —se encolerizó Anna Akimovna—. ¡Qué tontos son todos! ¡Qué tonto es usted, Misha! ¡Qué harta me tienes! ¡No te quiero ni ver!

3 Se trata de un juego de palabras, porque tanto Masha como Mashenka son diminutivos del nombre propio María.

3

EL ALMUERZO

Al igual que el año pasado, los últimos en llegar a la hora de las visitas fueron el consejero de Estado en activo, Krilin, y el conocido abogado Lisévich. Se presentaron cuando en el patio ya reinaba la oscuridad. Krilin era un viejo de más de sesenta años, de boca ancha, patillas cubiertas de canas y cara de lince. Llevaba puesta una guerrera de la que pendía un lazo con la cruz de Santa Ana y pantalones blancos. Estuvo durante largo tiempo apretando la mano a Anna Akimovna, mirándola directamente a la cara y moviendo los labios. Al final dijo con sosiego y sin cambiar de tono:

—Yo respetaba a su tío… y a su padre, y gozaba de la estima de ellos. Ahora considero una deuda agradable, como puede apreciar, felicitar a su respetada heredera, a pesar de mis achaques y de la distancia. Me alegro mucho de verla con buena salud.

Lisévich tenía el cabello corto, con canas tanto en el pelo como en la barba, y era apuesto, rubio y alto. Se distinguía por unas maneras extraordinariamente educadas. Andaba contoneando el cuerpo, saludaba como con desgana y, al hablar, alzaba los hombros; todo esto lo hacía con una gracia descuidada. Era tan corpulento como rico. En una ocasión llegó a ganar cuarenta mil rublos, pero no se lo comentó a sus conocidos. Le gustaba comer bien, particularmente todo tipo de quesos, trufas, rábanos aliñados y mantequilla con cáñamos. En París, según sus palabras, comió en una ocasión intestinos fritos sin lavar. Se expresaba de una forma coherente, suave, sin titubeos y, solo por presunción, se permitía pararse al hablar y chasquear los dedos como escogiendo la palabra adecuada. Todo lo que decía en los juicios ni él mismo se lo creía desde hacía tiempo, pero no le daba a eso ninguna importancia — todos lo sabían y lo consideraban tradicional y normal—. Solo le llenaba lo original y lo extraordinario. La filosofía barata llegaba a arrancarle las lágrimas si se presentaba de una manera original. Siempre llevaba consigo dos libros de notas, repletos de expresiones ingeniosas de diferentes autores que leía. No obstante, cuando le hacía falta encontrar alguna cita determinada, la buscaba desesperadamente

en ambos libros sin encontrarla. El difunto Akim Ivánich le ofreció en un momento de vanagloria el puesto de abogado de la fábrica, con un sueldo de veinte mil rublos. Todos los problemas de la fábrica se concentraron en dos o tres pequeños pleitos que Lisévich encomendó a sus pasantes.

Anna Akimovna sabía que en la fábrica no hacía nada, pero no podía prescindir de él: carecía de suficiente valentía y se había acostumbrado a él. Le gustaba decir que era su consultor jurídico y llamaba prosa ordinaria a su sueldo mensual. Anna Akimovna sabía que, después de la muerte de su padre, se vendió un bosque que le pertenecía y Lisévich se embolsó más de quince mil rublos que compartió con Nazarich. Al conocer este engaño, Anna Akimovna lloró amargamente, pero después se acostumbró.

Le felicitó y le besó ambas manos. Él la miró de pies a cabeza y frunció el ceño.

—¡No hace falta! —exclamó con amargura—. Me reitero en que no hace falta.

—¿De qué habla, Víctor Nicolaich?

—Digo que no hace falta que usted engorde. En su generación hay una cierta tendencia a engordar. No hace falta —reiteró con voz suplicante y le besó la mano—. ¡Usted es tan buena! ¡Es tan gloriosa! Aquí tenemos a una eminencia —se dirigió a Krilin—. Es la única mujer en este mundo a la que alguna vez amé seriamente.

—No es una hazaña. Conocer en nuestros tiempos a Anna Akimovna y no amarla es imposible.

—¡Yo la admiro! —dijo el abogado con sinceridad, pero con su peculiar gracia—. La amo no por el simple hecho de que yo sea hombre y ella mujer: cuando estoy con ella me parece que es un tercer sexo y yo un cuarto, y nos vamos juntos al mundo de los finos colores florales y nos fundimos allí con el espectro. Quien mejor describe esta clase de relaciones es Leconte de Lisle. Tiene unos pasajes sublimes, admirables…

Lisévich buscó en uno de sus libritos, luego en el otro y al no encontrar la frase adecuada se serenó. Comenzaron a hablar del tiempo, de la ópera, de que pronto llegaría Duse4. Anna Akimovna recordó que el año pasado

4 Eleonora Duse, actriz dramática italiana que visitó Rusia entre 1891 y 1892.

Lisévich y Krilin también almorzaron con ella y, cuando se preparaban para marcharse, les suplicó sinceramente que, si ya no tenían a nadie más a quien visitar, se quedaran a comer con ella. Los invitados estuvieron de acuerdo.

Además del almuerzo habitual, que estaba compuesto por *shchi*[5], cerdo y ganso con manzana, en las grandes fiestas preparaban en la cocina el llamado almuerzo francés o «del cocinero», por si se daba el caso de que deseara probarlo alguno de los invitados de la planta superior. Cuando comenzó a oírse en el comedor el ruido de la vajilla, Lisévich empezó a excitarse. Se frotó las manos, se encogió de hombros, frunció las cejas y se dispuso a relatar de manera afectada los almuerzos que daban los antiguos dueños y qué maravillosos platos de Iota sabía hacer el cocinero de aquí: ¡No eran platos de Iota, sino un descubrimiento! Probó la comida y comió pensativo disfrutando de ella. Anna Akimovna le condujo del brazo al comedor. Se bebió una copa de vodka y se colocó en la boca un trozo de salmón —entonces también se relamió de gusto—. Masticaba el bocado de una forma asquerosa, abriendo la boca, haciendo ruidos con la nariz y con ojos ávidos.

5 Sopa en la que el ingrediente principal es la col.

Los entrantes fueron suntuosos. Había, entre otras cosas, setas blancas frescas con *smetana*[6] y salsa provenzal de ostras fritas, y cangrejos repletos de fuertes especias. El almuerzo en sí estaba compuesto de platos delicados y los vinos eran excelentes. Mishenka atendía la mesa canturreando. Cuando servía algún plato nuevo, quitaba la tapadera a la sartén o escanciaba vino, lo hacía como los magos, majestuosamente. El abogado, al ver el aspecto de su cara y su forma de andar, parecida a la primera figura del cotillón, pensó en varias ocasiones que era tonto.

Después del tercer plato, Lisévich dijo dirigiéndose a Anna Akimovna:

—¡Mujer *fin de siècle*! Pienso que una mujer joven y rica tiene que ser independiente, inteligente, delicada, valiente y un poco libertina. Solo un poco libertina porque, y estarán de acuerdo, la hartura cansa. A usted, querida mía, no le conviene vegetar o vivir como el resto del mundo, sino disfrutar de la existencia y un poco de libertinaje es la salsa de la vida. Sumérjase en un mar

---

6 Producto lácteo muy típico en las cocinas de Europa Central y Oriental. Se trata de una variedad de nata agria muy similar a la *crème fraîche*, de la que se distingue por la textura y el sabor.

de flores de aroma embriagador, ahóguese en almizcle, hártese de hachís y, lo más importante, ame sin parar. Para comenzar, si yo fuera usted, tendría siete maridos, uno por cada día de la semana, y a uno lo llamaría lunes, a otro, martes, al tercero, miércoles, etcétera…, para que cada uno supiera su día.

Esta conversación asustaba a Anna Akimovna. No comió nada y solo bebió una copa de vino.

—¡Déjenme decirles de una vez —exclamó— que no comprendo el amor sin familia! Estoy sola como la luna en el cielo y, además, en cuarto menguante. Digan lo que digan, estoy segura de que esa mengua solo puede ser completada con amor en el sentido tradicional. Este amor, según mi punto de vista, determina mis responsabilidades y mi trabajo, y alumbra mi forma de ver el mundo. Espero que el amor me regale la paz y la tranquilidad que mi espíritu necesita. Quiero algo más que almizcle, espiritismos y *fin de siècle*… en una palabra —dijo ruborizándose—, marido e hijos.

—¿Desea casarse? ¡No veo por qué no! Es posible —continuó Lisévich—. Debe experimentarlo todo: el matrimonio, los celos, la dulzura del primer engaño e

incluso los hijos… Pero hay que darse prisa en esta vida, dese prisa, querida, el tiempo vuela, no espera…

—¡Entonces encontraré a alguien y me casaré! —replicó mirando la cara satisfecha de su interlocutor—. Me casaré con la persona más corriente, con la persona más ruin y brillaré de felicidad. Me casaré con un trabajador sencillo, con cualquier mecánico o copista.

—No veo que eso esté mal. Gertsoginia Josiana se enamoró de Gwynplaine7 y se le permitió por el simple hecho de que era Gertsoginia. A usted todo se le permite porque se sale de lo corriente. Si usted, querida, quiere enamorarse de un negro o de un árabe, no se avergüence, váyase con un negro, no se prive de nada. Tiene que ser tan valiente como sus deseos. No se deshaga de ellos.

—¿Tan difícil es que me comprendan? —preguntó admirada Anna Akimovna, y las lágrimas brillaron en sus ojos—. Desearía que comprendieran de una vez que de mí depende algo muy importante, es decir, dos mil trabajadores por los cuales tengo que responder ante Dios. Son personas que trabajan para mí y muchos de ellos pierden la vista y también se quedan sordos. ¡Me

7 Héroe de la novela de Víctor Hugo, *El hombre que ríe* (1869).

da miedo vivir! ¡Tengo miedo! Estoy sufriendo y ustedes tienen la crueldad de hablarme de negros… y encima te ríes —Anna Akimovna golpeó en la mesa con un puño—. ¡Continuar con la vida que llevo ahora mismo y casarme con una persona cobarde y desocupada como yo sería un crimen! ¡No puedo aguantar más! —exclamó ardientemente—. ¡No puedo!

—¡Qué buena es! —dijo Lisévich admirado—. ¡Dios mío, pero qué buena es! Mas, ¿por qué se enfada, querida? Admitamos que no llevo razón, pero ¿acaso cree usted que va a mejorar la suerte de los obreros si, en aras de unas ideas muy respetables, se pasa el tiempo aburrida y se priva de todos los placeres de la existencia? ¡Nada de eso! ¡No! ¡Hace falta buscar el placer! —decidió—. Es necesario que usted se abandone a la lujuria. ¡Dese cuenta de ello, querida! ¡Dese cuenta!

Anna Akimovna se tranquilizó tras confesar lo que pensaba. Le gustaba cómo se había expresado y lo sincera que había sido. En este momento estaba segura de que si, por ejemplo, Pimenov le declarara su amor, se iría con él sin pensárselo. Mishenka comenzó a servir champán.

—Tiene usted la virtud de enfurecerme, Víctor Nicolaich —comentó brindando con el abogado—. Me

enoja que dé consejos sin conocer nada de la vida. Según usted, si alguien es mecánico o copista, ¿significa que se trata de un bruto o un ignorante? Pues sepa que son muy inteligentes, personas extraordinarias.

—Yo respetaba y conocía a su padre y a su tío —dijo pausadamente Krilin, que permanecía sentado tieso como una estatua y no había dejado de comer en ningún momento—. Eran muy inteligentes y de elevadas cualidades espirituales.

—De acuerdo, conocemos esas cualidades —murmuró el abogado, y pidió permiso para fumar.

Cuando terminó el almuerzo, Krilin se fue a descansar. Lisévich apuró su puro y, harto de comer, tambaleándose, siguió a Anna Akimovna a su despacho. Los rincones decorados con fotografías, los abanicos de las paredes y el farol rosa y azul de siempre que colgaba del techo denotaban un aspecto impersonal y pasado de moda. Los recuerdos de algunas de sus novelas, de las cuales se avergonzaba, tenían relación con este farol. El despacho de Anna Akimovna, con las paredes desnudas y un mobiliario sin gusto, le encantaba. Se sentía muy cómodo sentado en el diván turco y mirando desde allí

a Anna Akimovna, que solía tumbarse en la alfombra junto a la chimenea, con las manos sobre sus rodillas, contemplando el fuego y absorta en algún pensamiento. En tales momentos parecía aflorar su sangre de campesina y de *starovier*.

Después del almuerzo, cuando servían los licores, él a menudo se animaba y le comentaba las diferentes novedades literarias. Hablaba de una forma amanerada, inspirada y se metía en su propio relato. Ella siempre que le escuchaba pensaba que por oírle pagaría no solo doce mil rublos, sino hasta tres veces más y le perdonaba todo lo que no le gustaba de él. En ocasiones contaba el argumento de relatos e, incluso, de novelas y para ella el tiempo volaba. Esta vez comenzó a hacerlo de una forma agria, con voz débil y los ojos cerrados.

—Querida, hace tiempo que no leo nada —dijo cuando ella le pidió que le contara algo—. Solo de vez en cuando a Julio Veme.

—Creí que me iba a contar algo nuevo.

—Algo nuevo —murmuró Lisévich de una manera soñolienta, y se hundió más en el sillón—. No toda la

literatura nueva, querida mía, es adecuada para nosotros. Ciertamente tiene que ser tal y como es, y no reconocerla significaría no reconocer el orden natural de las cosas, y yo lo reconozco…

Lisévich parecía estar quedándose dormido. Pero, pasado un minuto, se escuchó de nuevo su voz:

—Toda la literatura nueva, a la manera del viento de otoño en una chimenea, gime y aúlla: «¡Ay, infeliz! ¡Tu vida puede asemejarse a la de un recluso! ¡Cuánta humedad y oscuridad sientes en la cárcel! ¡Ay, morirás irremediablemente y no tienes salvación!». Esto es extraordinario, pero yo hubiera preferido la literatura que te enseña cómo escapar de la cárcel. De todos los escritores contemporáneos solo leo a Maupassant —Lisévich abrió los ojos—. ¡Un buen escritor! ¡Un escritor excelente! —Se movió en el diván—. ¡Un artista admirable! ¡Un artista espeluznante, milagroso, sobrenatural! —Lisévich se levantó del diván y levantó su mano derecha—. ¡Maupassant! —exclamó entusiasmado—. Querida, lea a Maupassant. Una de sus páginas le aportará más que toda la riqueza de la tierra. En cada línea se descubre un horizonte nuevo. Los movimientos suaves y tiernos

del espíritu se vuelven sensaciones fuertes y furiosas. Su espíritu, bajo la presión de cuarenta mil atmósferas, se convierte en un trozo insignificante de alguna materia indeterminada de color rosado que, tal y como me parece, si lo pudiéramos poner en la lengua produciría un sabor voluptuoso, áspero. ¡Qué frenesí de gradaciones, de motivos, de melodías! Usted se tranquiliza en un ambiente de rosas y lirios y, de repente, un pensamiento terrible, excelente, irresistible vuela hacia usted como una locomotora que le arroja un vapor caliente y le ensordece con un silbido. ¡Lea, lea a Maupassant! ¡Querida, se lo exijo!

Lisévich movió las manos y con gran nerviosismo iba de un rincón a otro.

—No, esto no es posible —dijo desesperado—. Su última cosa me ha dejado exhausto, me ha embriagado. Pero me temo que a usted le va a dejar indiferente.

Para que le guste debe saborearlo, exprimir el zumo de cada párrafo, beberlo… Hay que beberlo.

Después de un largo preámbulo salpicado de palabras como «voluptuosidad demoníaca», «red de

nervios sutilísimos», «limpio como el cristal», comenzó por fin a relatar el contenido de la novela. Esta vez no lo contó de una manera tan extravagante, sino con muchos detalles, exponiendo de memoria descripciones completas y conversaciones: los personajes de la novela le entusiasmaban y, caracterizándolos, se paraba en las poses, cambiaba la expresión de la cara y la voz como un verdadero actor. Se reía en voz baja de manera apasionada, sacudía las manos o se cogía la cabeza dando la impresión de que le fuera a estallar. Anna Akimovna escuchaba con admiración. Aunque ya había leído la novela, en el relato del abogado le pareció mucho más bonita y compleja que en el libro. Le llamaban la atención los diferentes matices, las expresiones felices y los pensamientos profundos, pero ella solo veía la vida, la vida, la vida… y a sí misma como si fuera un personaje de la novela. Su espíritu se animó y ella, riéndose también y moviendo los brazos, pensaba que no debía seguir viviendo así, que no había necesidad de vivir mal si se podía vivir bien; recordaba las palabras que había pronunciado durante la comida, se enorgullecía de ellas y, cuando en su imaginación apareció de repente Pimenov, empezó a sentirse alegre y a desear que él la amase.

Una vez terminado el relato, Lisévich, exhausto, se sentó en el diván.

—¡Qué gloriosa es usted! ¡Qué buena! —Comenzó de nuevo pasados unos minutos, con voz tan débil como la de un enfermo—. Yo, querida, soy feliz a su lado, pero no comprendo por qué tengo cuarenta y dos años y no treinta. Mis gustos y los suyos no coinciden: usted debería ser libertina y yo hace tiempo que pasé esa fase y necesito un amor delicado. Desde el punto de vista de las mujeres de su edad, yo ya estoy pasado de moda.

Lisévich adoraba a Turguéniev, que cantaba el amor, la pureza, la juventud y la triste naturaleza rusa, pero no amaba el amor virginal de una forma experimental, sino de oídas, como algo abstracto que existe fuera de la vida real. Ahora estaba seguro de que amaba a Anna Akimovna de forma platónica, ideal, aunque él mismo no sabía lo que eso significaba. Pero se sentía bien, cómodo, cálido. Anna Akimovna le parecía una persona genial, muy original y sabía que el sentimiento agradable que le producía estar con ella en ese momento era lo que se conoce como amor platónico.

Puso la mejilla en la mano de ella y dijo con un tono con el que normalmente se habla a los niños pequeños:

—Paloma mía, ¿por qué me ha castigado usted?

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—En estas fiestas no he recibido de usted ningún aguinaldo.

Anna Akimovna en ningún momento había escuchado que por las fiestas se le enviaran aguinaldos al abogado y ahora se encontraba en una situación complicada. ¿Cuánto le tendría que dar? Estaba claro que había que darle algo, pues él lo esperaba, aunque la mirase con ojos llenos de amor.

—Se habrá olvidado Nazarich —Se justificó—. Pero estamos a tiempo de remediarlo.

Recordó los mil quinientos rublos del día anterior que estaban en su dormitorio, en la mesita del tocador. Cuando trajo ese dinero y se lo dio al abogado, se lo metió en el bolsillo con la gracia perezosa que le caracterizaba y todo ello resultó afable y natural. La inesperada reclamación de la dádiva era tan propia del abogado como oportuno los mil quinientos rublos.

—*Merci* —dijo Lisévich besando un dedo de Anna Akimovna.

En ese momento entró Krilin con cara de satisfacción por haber dormido, pero ya sin condecoraciones.

Él y Lisévich permanecieron sentados todavía un rato, se bebieron una taza de té y se prepararon para irse. Anna Akimovna estaba un poco emocionada… Había olvidado completamente dónde trabajaba Krilin y si hacía falta darle dinero o no. Y si hacía falta no sabía si dárselo ahora o enviárselo en un sobre.

—¿Dónde trabaja? —le susurró a Lisévich.

—Cualquiera sabe… —murmuró el abogado bostezando.

Ella imaginó que si Krilin estuvo con su tío y su padre y sentía respeto hacia ambos sería por algo: estaba claro que había hecho cosas buenas en beneficio de ellos, a través de alguna institución benéfica. Al despedirse le metió en la mano trescientos rublos, él se sorprendió y callando un minuto la miró con ojos de estaño, pero después comprendió y dijo:

—Pero el recibo, mi muy respetada Anna Akimovna, no lo podrá recibir antes de Año Nuevo.

Lisévich, mustio y pesado, se tambaleaba cuando Mishenka le ponía el abrigo. Bajando tenía un aspecto totalmente débil y estaba claro que al punto de sentarse en el trineo se dormiría.

—Su excelencia —le dijo a Krilin lánguidamente, parándose en mitad de la escalera—. ¿No ha experimentado usted ese sentimiento producido por alguna fuerza que parece estirarse más y más hasta convertirse en un fino alambre? Eso se expresa, de manera subjetiva, en un sentimiento lujurioso y particular que no es posible comparar con nada.

Anna Akimovna, de pie arriba, vio cómo cada uno le daba un billete a Mishenka.

—¡No me olviden! ¡Hasta pronto! —les gritó y se fue a su dormitorio.

Se quitó rápidamente el vestido del que ya estaba aburrida y corrió hacia abajo. Y cuando bajaba por la escalera, se reía y pataleaba como un niño. Deseaba hacer travesuras.

4

LA NOCHE

La tía, vestida con una blusa de percal ancha, Barbarushka y dos viejas estaban sentadas en el comedor y cenaban. Delante de ellas había sobre la mesa un gran trozo de carne salada, jamón y diferentes aperitivos. La carne salada, que contenía mucha grasa y presentaba muy buen aspecto, desprendía un vapor que se alzaba hacia el techo. En la planta baja no acostumbraban a beber vinos de uva, pero disponían de diferentes tipos de vodka y licores. La cocinera Agafiushka que, gruesa, rubia y rolliza, estaba de pie junto a la puerta con los brazos cruzados, charlaba con las viejas. Servía y retiraba la comida Masha la de abajo, que era morena y llevaba un lazo de color rojo chillón en el cabello. Las viejas parecían hartas de permanecer comiendo desde por la mañana y una hora antes de la cena tomaron té con un pastel dulce de mantequilla, dando la impresión de que comían por obligación.

—¡Ay, madrecitas! —gritó la tía cuando de repente entró en el comedor Anna Akimovna y se sentó en una silla junto a ellas—. Esta me ha dado un susto de muerte.

A todos en la casa les agradaba cuando Anna Akimovna estaba de ánimo y tonteaba. Les recordaba que los antiguos amos ya habían muerto y que, como las viejas en la casa carecían de cualquier autoridad, cada uno podía vivir como quisiera sin temor a que le exigieran nada. Solamente las dos viejas desconocidas miraban con recelo de reojo a Anna Akimovna: ¡Estaba cantando y en la mesa es pecado cantar!

—¡Madrecita nuestra, belleza, cuadro pintado! —comenzó dulcemente a lamentarse Agafiushka—. ¡Diamante apreciado nuestro! La gente ha venido a verla, los generales, los oficiales, los señores. He mirado por la ventana, los he contado y terminé cansada.

—¡Por mí, mejor que ni siquiera hubieran venido esos canallas! —La tía miró tristemente a su sobrina y añadió—: ¡Lo único que hacen es robarle el tiempo a mi pobre huérfana!

Anna Akimovna se sentía hambrienta, ya que desde la mañana no había probado bocado. Le sirvieron una bebida muy amarga. Se la tomó, comió un poco de carne salada con mostaza y advirtió que estaba extraordinariamente sabrosa. Después Masha, la de abajo, también le ofreció pavo, manzanas en almíbar y grosellas, todo muy del gusto de Anna Akimovna. Sin embargo, el calor que desprendía la chimenea de azulejos, que hacía que todos tuvieran las mejillas sonrojadas, no fue de su agrado. Después de la cena recogieron el mantel y pusieron un plato con alfajores de menta, cacahuetes y pasas.

—¡Siéntate tú también! ¡Qué haces ahí! —le gritó la tía a la cocinera.

Agafiushka suspiró y se sentó a la mesa, Masha le puso también una copa para la bebida. Anna Akimovna tuvo la sensación de que el blanco cuello de la cocinera exhalaba el mismo calor que la estufa. Hablaron de todo un poco: de qué difícil era casarse en estos tiempos, de que antes los hombres se veían atraídos por la belleza de la mujer o por su dinero y ahora no se entiende qué es lo que quieren. Antes solo las jorobadas y las cojas se quedaban solteras y ahora no se fijan ni en las ricas ni en las bonitas.

La tía achacó todo esto a la inmoralidad moderna y a la desaparición del temor de Dios. Sin embargo, recordó de pronto que su hermano, Iván Ivánich, y Barbarushka, muy santitos los dos y muy beatos, traían al mundo hijos ilegítimos y los mandaban al hospicio. Se dio cuenta de lo que decía y cambió de conversación. Siguió comentando que hace tiempo tuvo un novio de la fábrica que la quería mucho, pero sus hermanos le obligaron a casarse por la fuerza con un viudo pintor de iconos que, gracias a Dios, murió a los dos años. Masha, la de abajo, se sentó también a la mesa, adoptando un aspecto misterioso, y comentó que hacía ya una semana que todos los días por la mañana aparecía en el patio una persona desconocida con bigotes negros y un abrigo de cuello de astracán que entraba, miraba por la ventana de la casa grande y seguía adelante hacia las barracas. Según sus palabras, este hombre era bastante apuesto y con buena planta.

Al oír todos estos comentarios, a Anna Akimovna le entraron deseos de casarse, lo ansiaba amargamente. Daría media vida y toda su hacienda porque en la planta de arriba le esperase una persona cercana a la que amar profundamente y que esa persona también la quisiese y sufriera por ella. Y este pensamiento bello, e

imposible de explicar con palabras, excitaba su espíritu. Su instinto juvenil le aseguraba que aún estaba por venir la verdadera poesía de la vida: lo creyó así y al apoyarse en el respaldo de la silla —sus cabellos se soltaron en ese preciso momento— comenzó a reír y, al verla, también se rieron el resto de los presentes. Y en el comedor comenzó a reinar una risa injustificada.

En ese preciso momento anunciaron la llegada de Zhuzhelitsa, que venía a pasar la noche. Se trataba de una peregrina a la que llamaban Pasha o Spiridonovna. Era una mujer pequeña, delgada y de unos cincuenta años. Iba vestida de negro y llevaba un pañuelo blanco. Tenía una mirada muy penetrante y nariz y barbilla puntiagudas. Poseía una mirada muy atenta y escarnecedora. Observaba de tal forma que parecía que atravesaba a todos con la mirada. Sus labios tenían forma de corazón. Debido a su odio y la agresividad de sus burlas, en las casas de los mercaderes la llamaban «La Escarabajo».

Entró en el comedor sin mirar a nadie y se dirigió a los iconos cantando en voz alta «Tu nacimiento», «El día de la Virgen» y «Nace Cristo», después se volvió y atravesó a todos con su mirada.

—¡Felices Fiestas! —exclamó y besó en un hombro a Anna Akimovna—. Me ha costado gran esfuerzo llegar hasta ustedes, mis bienhechoras —Besó a la tía en el hombro—. Vine a verlas por la mañana, pero yendo de camino quise descansar en casa de buenas personas. «Quédate, quédate, Spiridonovna», y se me echó la noche encima.

En la casa sabían que ella no probaba la carne, así que le ofrecieron caviar y salmón. Comió mirando a todos de reojo y se bebió tres copas de vodka. Una vez hubo comido, rezó a Dios e hizo una reverencia a Anna Akimovna.

Al igual que en años anteriores, se pusieron a jugar a los reyes y toda la servidumbre de ambas plantas se agolpó en la puerta para seguir el juego. Anna Akimovna creyó ver en dos ocasiones, entre las mujeres y los campesinos de la servidumbre, la cara de Mishenka con una sonrisa bonachona. Zhuzhelitsa fue la primera en llegar a reina y Anna Akimovna tuvo que pagarle un tributo, pues quedó de soldado. Después la tía fue reina y Anna Akimovna campesino, con la consiguiente alegría de todos. Agafiushka subió al rango de princesa y se ruborizó

de alegría. Al otro lado de la mesa todavía seguían la partida ambas Mashas, Barbarushka y la costurera Marfa Petrovna, a la que despertaron para que viniese a jugar y por eso tenía cara de sueño y de mal humor.

Durante el juego, la conversación versó sobre hombres, sobre lo difícil que era ahora encontrar una buena persona y sobre cuál era el verdadero destino: quedarse soltera o casarse.

—Chica, tú eres bonita, tienes salud, eres fuerte —dijo Zhuzhelitsa a Anna Akimovna—. Lo único que no comprendo, amiga, es para quién te reservas.

—¿Qué puedo hacer si nadie se fija en mí?

—¿O es que has hecho promesa de quedarte soltera? —continuó Zhuzhelitsa, como si no escuchara—. Tampoco está mal, quédate… quédate —repitió mirando las cartas, entre burlona y atenta—. Quédate soltera, hermana… sí…, sí… Pero te advierto que entre esas reverendas solteras las hay muy distintas —Suspiró y puso el rey sobre la mesa—. ¡Muy distintas, madrecita! Unas se conservan al igual que las monjas y no muerden la manzana, y si alguna tiene un descuido, la pobre se

atormenta y no para de renegar del pecado. En cambio, hay otras que van vestidas de negro y se cosen a sí mismas mortajas, pero andan a escondidas con viejos ricos. Sí, sí, palomitas mías. Hay bribonas que engatusan a un viejo, palomitas mías, y lo manejan como quieren, lo marean, lo marean y, una vez han conseguido de ellos el máximo dinero y bonos de juego, le hacen estirar la pata en uno de esos mareos.

En respuesta a estas alusiones, Barbarushka suspiró y miró el icono. En su cara se dejó ver la resignación cristiana.

—Conozco a una soltera de esa clase, una vil enemiga mía —continuó Zhuzhelitsa mirando a todos de una manera triunfante—. No hace otra cosa que suspirar y mirar las imágenes y los santos, ¡alma del diablo! Recuerdo cómo tenía engatusado a un viejo rico. En aquel tiempo ibas a verla, te daba cualquier cosa, te ordenaba que bajaras la cabeza hasta el suelo y te soltaba un sermón: «Dio a luz, pero conservó su virginidad». Durante las fiestas te entregaba una limosna y los demás días, un coscorrón. Pero ¡ahora me puedo reír de ella! ¡Y cómo me río, tesoros!

Barbarushka de nuevo miró el icono y se santiguó.

—¡Nadie me quiere, Spiridonovna! —interrumpió Anna Akimovna con el fin de cambiar la conversación—. ¿Qué podemos hacer?

—¡Tú misma eres la culpable, querida! Estás esperando a hombres educados y ricos, pudiendo casarte con alguien como tú, con un tendero, por ejemplo…

—¡Eso no! —exclamó la tía nerviosa—. ¡La reina del cielo nos libre! Un noble malgastará tu dinero, pero siempre tendrá piedad de ti, tontuela. Un tendero, en cambio, te tendrá más derecha que una vela y serás una esclava en tu propia casa. Querrás que te dé cariño y él se distraerá cortando cupones. Te sentarás a comer con él y te echará en cara hasta un mendrugo de pan, el muy palurdo. ¡Cásate con un noble!

Comenzaron a hablar todos a la vez, interrumpiéndose unos a otros. La tía golpeó en la mesa con un cascanueces y gritó roja y enfadada:

—¡Con un tendero, no! Si metes a uno en casa, me voy a un asilo.

—¡Silencio! —gritó Zhuzhelitsa y, cuando todos se habían callado, entornó un ojo y continuó:

—¿Sabes qué, Anushka, palomita mía? Casarse como se casan los demás no tiene sentido para ti. Eres una persona rica, libre, dueña de ti misma, pero tampoco es plan que te quedes soltera, hijita. Te encontraré, sabes, a alguien sencillo y bobalicón, tomarás el sacramento como tapadera y entonces, ¡a divertirse tocan! A tu marido le metes en el bolsillo cinco o diez mil rublos y que se vuelva por donde haya venido. De esa forma seguirás siendo la señora en tu casa. Después, enamórate de quien quieras y nadie te lo podrá echar en cara. Entonces sí que podrás amar a tus nobles e instruidos. ¡Eso no será vida, será un paraíso!

Zhuzhelitsa chasqueó los dedos y silbó:

—¡A divertirse tocan!

—¿Y el pecado? —dijo la tía.

—Ah, ¿el pecado? —rio Zhuzhelitsa—. Anna es una muchacha instruida. Estoy segura de que degollar a una persona o sorberle los sesos a un viejo es pecado,

pero amar a tu ser más querido está lejos de serlo. ¿Qué pecado ni qué niño muerto? No hay ningún pecado en ello. Todo eso lo han inventado las beatas para engañar a la gente sencilla. Yo también voy diciendo por ahí: «Pecado, pecado», sin saber yo misma lo que digo.

Zhuzhelitsa se bebió el licor, carraspeó y gritó dirigiéndose, en esta ocasión, por lo visto, a sí misma:

—¡A divertirse tocan! Durante treinta años, abuelitas mías, he pensado en el pecado y le he tenido miedo. Ahora veo que he perdido el tiempo tontamente. ¡Tonta de mí! —suspiró—. La vida de la mujer es corta y hay que aprovechar cada hora y cada día. Ahora eres bonita y rica, pero en cuanto cumplas los treinta y cinco o los cuarenta, date por acabada. No hagas caso a nadie. Te dará tiempo a rezar, hincarte de rodillas y coserte la mortaja. Si le pones una vela a Dios, ¡enciéndele otra al diablo! ¡Tíralo todo por la ventana! ¿Qué te parece? ¿Quieres hacer feliz a un desgraciado?

—Sí que quiero —rio Anna Akimovna—. Ya me da todo igual, me casaría con una persona sencilla.

—¡Muy bien! ¡Qué mozo podrías elegir!

Zhuzhelitsa entornó los ojos y movió la cabeza.

—Es lo que yo le digo —dijo la tía—. Mejor le vendría un hombre más simple que un tendero, ya que no se va a casar con un noble. Al menos habría amo en la casa. ¡Pues anda que tienes pocos para escoger! Incluso podría ser uno de la fábrica. Todos son serios, pero amigos de la bebida.

—¡Vaya que sí! —Estaba de acuerdo Zhuzhelitsa—. Unos mozos estupendos. ¿Quieres, tía, que case a Anushka con Vasili Lebedinski?

—Vasia tiene las piernas muy largas —respondió seria la tía—. Está muy flaco. Le falta figura.

En el corrillo cercano a la puerta se oyó la risa.

—Con Pimenov, ¿quieres casarte con Pimenov? —preguntó esta vez a Anna Akimovna.

—¡Cásame con Pimenov!

—¿De veras?

—¡Cásame! —Decidió Anna Akimovna con un golpe en la mesa—. ¡Me casaré! ¡Palabra de honor!

—¿Lo dices en serio?

Anna Akimovna sintió una vergüenza repentina al notar cómo sus mejillas se tornaban coloradas y de que todos clavaran sus miradas en ella. Revolvió todas las cartas y salió de la habitación. Subió corriendo por la escalera y llegó a la parte superior. Una vez allí se sentó al piano en la sala de invitados. De la planta de abajo llegaba un rumor semejante al rugido del mar: estaba claro que hablaban de ella y de Pimenov. Zhuzhelitsa, aprovechando que Anna no estaba, habría ofendido abiertamente a Barbarushka sin, naturalmente, preocuparse ya de las formas.

En toda la planta superior ardía solo una lámpara y su tenue luz penetraba en la oscura sala a través de la puerta. Eran poco más de las nueve. Anna Akimovna tocó un vals, después otro, después un tercero…, tocaba sin parar. Tenía la mirada fija en el rincón oscuro de detrás del piano, se sonreía, le venían al pensamiento diferentes personas y sopesaba si debería marcharse a la ciudad a ver a alguien, por ejemplo a Lisévich, y contarle

lo que sentía en el alma. Tenía ganas de hablar sin parar, reírse, tontear... Pero el rincón oscuro de detrás del piano seguía silencioso y en todas las habitaciones de la planta solo habitaba el silencio. No había un alma.

Le gustaban las canciones sentimentales, pero tenía una voz tosca, no educada, y por eso solo acompañaba y cantaba en voz baja, tarareándolas. Susurraba romance tras romance, casi todos de amor, separación, esperanzas perdidas e imaginaba cómo ella alargaba las manos y decía con lágrimas en los ojos: «¡Pimenov, quítame este peso de encima!». Y solo cuando se le perdonaran todos los pecados se sentiría mejor espiritualmente, sentiría alegría y llevaría una vida más libre e incluso es posible que fuera feliz. Tocaba las teclas con nostalgia y deseaba que el cambio en su vida se produjera lo antes posible, pero le asaltó el temor al pensar que su situación actual continuaría todavía un tiempo. Después tocó de nuevo, cantó en silencio y a su alrededor todo permanecía tranquilo. Ya no llegaba el murmullo de la parte de abajo.

Es posible que se hubieran ido todos a dormir, ya que eran más de las diez. Se acercaba la noche solitaria, larga y aburrida.

Anna Akimovna paseó por todas las habitaciones, se recostó en el diván y leyó en su despacho las cartas que había recibido por la tarde. Había doce de felicitación y tres anónimas. En una de ellas un trabajador sencillo, con una escritura terrible casi indescifrable, se lamentaba de que en la tienda de la fábrica vendieran a los trabajadores en estas fiestas mantequilla amarga que olía a queroseno; en otra, alguien acusaba abiertamente a Nazarich de que en las últimas compras de hierro, había cogido un dinero ajeno valorado en mil rublos; en otra, la tildaban de carecer de humanidad.

La alegría de la fiesta estaba apagándose y, para prolongarla un poco más, Anna Akimovna se sentó de nuevo al piano e interpretó en silencio uno de los nuevos valses. Después se acordó de qué forma tan inteligente y honrada había hablado hoy durante el almuerzo. Miró alrededor las oscuras ventanas, las paredes con los cuadros y la tenue luz que provenía de la sala y, de repente, lloró desconsoladamente al sentirse tan sola y no tener a nadie que le diera un consejo. Para animarse, intentó dibujar a Pimenov en su imaginación, pero ya no le salía nada.

Dieron las doce. Entró Mishenka y ya no vestía el frac sino una chaqueta. En silencio encendió dos velas. Después salió y volvió a entrar con una taza de té en una bandeja.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella al darse cuenta de que en su cara se dibujaba una sonrisa.

—He estado abajo y he escuchado cómo ha bromeado con el tema de Pimenov —Nada más decirlo se tapó la boca con la mano—. Yo le sentaría a comer con Víctor Nicolaich y con el general y se moriría de horror —Los hombros de Mishenka estaban temblando por la risa—. ¡No sabe ni coger el tenedor!

La risa del lacayo, sus palabras, la chaqueta y sus bigotes produjeron en Anna Akimovna una impresión de suciedad. Cerró los ojos para no verlo y, sin querer, imaginó a Pimenov almorzando junto a Lisévich y Krilin. Su tímida figura, que no se parecía a la de un intelectual, se le antojó mezquina, incompetente y desagradable. Y solo en este momento, la primera vez durante el día, comprendió con claridad que todo lo que había pensado y hablado sobre Pimenov y sobre el matrimonio con un trabajador sencillo era pura vaciedad, estupidez e, incluso,

despotismo. Para persuadirse de lo contrario y vencer su repugnancia, quiso acordarse de las palabras que dijo durante el almuerzo, pero ya no pudo coordinarlas. La vergüenza por sus pensamientos y sus acciones, el miedo de que hubiera dicho algo de más y la repugnancia hacia su propia cobardía le alteraban muchísimo. Cogió una vela y rápidamente, como si alguien le persiguiera, bajó a la planta inferior. Despertó a Spiridonovna y empezó a advertirle que estaba bromeando. La pelirroja Masha, que dormitaba en el sillón cerca de la cama, se levantó de un salto y comenzó a poner bien la almohada. Tenía cara de cansancio y de sueño, y la hermosa cabellera la caía a un lado.

—Por la tarde ha venido de nuevo Chálikov —dijo con un bostezo— y no me he atrevido a decírselo antes. Venía de nuevo borracho. Dice que mañana volverá.

—¿Qué quiere de mí? —Se enfadó Anna Akimovna y golpeó con el tacón en el suelo—. ¡No quiero ni verlo! ¡No quiero!

Decidió que no le quedaba nadie en la vida, excepto Chálikov. Y él ya no dejaría de acosarla y recordarle día

tras día la vida tan poco interesante y absurda que tenía. ¡Solo servía para ayudar a los pobres! ¡Qué tontería!

Se acostó sin desvestirse y comenzó a llorar de vergüenza y aburrimiento. Lo que más absurdo le parecía a Anna Akimovna era que los sueños referentes a Pimenov eran honestos, elevados y generosos. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía que Lisévich, e incluso Krilin, le eran más cercanos que Pimenov y todos los trabajadores juntos. Anna Akimovna consideró que si fuera posible trasplantar a un cuadro todo lo malo y lo ramplón del día recién extinguido, por ejemplo el almuerzo, las palabras del abogado o el juego de cartas aparecerían representando la verdad, mientras que la conversación sobre Pimenov sobresaldría del resto como exponente de lo falso y lo forzado. Y pensó que ya era tarde para soñar con la felicidad, que todo había muerto.

Le parecía tan imposible volver a aquella vida en la que dormía bajo la misma manta con su madre como crear otra nueva y particular.

La pelirroja Masha estaba de rodillas delante de la cama y la miraba tristemente. Después comenzó a llorar

y puso su cara sobre las manos de Anna Akimovna. No hacían falta palabras para expresar el motivo de su pesar.

—Somos un par de tontas —dijo Anna Akimovna, llorando y a la vez riendo—. ¡Somos tontas! ¡Qué tontas somos!

“Anna Akimovna observó a las mujeres y a los niños y, de repente, ella también quiso ser sencilla, grosera y humilde...

Colección
Lima Lee

